

FRENTE A LA REBELION DE LOS JOVENES

Por
Jaime Potenze

REQUERIRIA una ceguera no siempre inconsciente afirmar que los movimientos estudiantiles que han estallado en Europa y cuyos coletazos se sienten en América Latina o Japón, responden a secretas maquinaciones del extremismo internacional. No caeremos en la ingenuidad de negar que en ese río revuelto tratan de pescar todos aquéllos que creen que sólo el totalitarismo podrá remediar los varios caos contemporáneos; pero sería suicida presumir que lo único que se busca es la implantación de un régimen determinado. Quizá algunos lo vean como medio, pero el fin es mucho más profundo y de ninguna manera se limita a un cambio de estructuras políticas.

La lucha de generaciones es una constante histórica, y nace en el momento en que se toma conciencia de que lo hasta entonces aparentemente perfecto presenta fisuras graves.

Al joven se lo bombardea con moral y moralina desde que nace. Primero es la exhortación a portarse bien y obedecer a los padres y maestros, especie de mitos infalibles. Más tarde viene el respeto a las instituciones, a las que se presenta como fundamentos de un orden establecido que no ofrece fisuras. O sea que se llena la cabeza de los menores de teorías, sin prepararlos para el raciocinio, hasta que súbitamente se les expone que sobre tal o cual cosa existen diez posiciones o más, que abarcan todos los matices del blanco inmaculado al negro profundo. Simultáneamente, ya descubiertas en el hogar las fisuras paternas y maternas, encuentran, por ejemplo, que la representatividad de los parlamentos es más relativa, o que los encargados de adminis-

trar justicia no siempre se atienen al espíritu y la letra de las leyes.

No vamos a caer en la ingenuidad de suponer que todos los jóvenes, por el mero hecho de serlo, son unánimemente generosos y desinteresados, pues ello sería caer en facil demagogia. Pero es innegable que es el ambiente lo que los contamina, y que los mas capaces son los primeros en angustiarse cuando comprueban, o suponen, que han sido engañados, que toda esa gigantesca y monstruosa maquinaria de buenos consejos y apologías está teñida de egoísmo, y en el fondo constituye una estructura para proteger ventajas personales, que no siempre coinciden con el bien común. Entonces surge la rabia, que suele ser enceguecedora y por ello no del todo objetiva. Los más débiles quedan atrapados en el sistema, y los otros toman el camino de la rebelión, que puede o no ser armada, que admite o no la violencia, pero que constituye una afirmación de disconformidad.

La estrategia de los mayores suele ser la de la espera, y no puede negarse que suele tener éxito. Amainado el ardor juvenil, los revolucionarios integrarán, primero a regañadientes, más tarde con serena aquiescencia, las filas conformistas. Hasta ahora la táctica ha rendido dividendos. No obstante, la vertiginosa evolución mundial en los últimos años impide hacerse demasiadas ilusiones sobre este movimiento pendular. Las dos guerras, la revolución soviética, el sugir africano, la victoria de Fidel Castro y el concilio, entre otros elementos, han sido mojones que, agregados al casi increíble

progreso de las ciencias, plantearon una realidad a la que resulta imposible ignorar. Una de las mayores ventajas ha sido eliminar el simplismo hasta hace poco existente entre buenos y malos, entre el Occidente cristiano y el Este ateo, entre la Democracia impoluta y el totalitarismo perverso. Quizá la Iglesia ha sido quien con mayor claridad ha visto esto, y al telegrama de pésame no contestado de Juan Negrín, jefe del gobierno republicano español, cuando murió Pío XI, sucede la visita del presidente de la Unión Soviética al Vaticano, o las relaciones diplomáticas normales con Cuba. Nadie será sospechado hoy de heterodoxo si alega que es un disparate que China no ocupe un escaño en unas Naciones Unidas de la que Haití es miembro; o si presume que no hay garantías absolutas de que Estados Unidos busque en Vietnam combatir solamente al comunismo para devolver al sufrido país al régimen de las elecciones libres.

Necesidad de amor

Pero no todo debe encararse desde el punto de vista de la política, porque ésta es solo un medio para llegar al fin: ocupar un lugar al sol. No otra cosa piden los jóvenes, y arriesgado sería sostener que su pretensión es injusta. Se niegan a ser carne de cañón, y sobre todo rechazan ser manoseados. De nada vale ser "reserva del futuro" si el presente es intolerable. Y por ello, las coincidencias con las clases sumergidas son algo más que un gesto romántico. Cuando se habla de un frente obrero estudiantil no se aboga para que aquéllos ocupen cátedras universitarias o éstos manejen fábricas, sino que más que todo hay un acuerdo de sensibilidades, y un rechazo mutuo de estructuras caducas. El estudiante actual trabaja y sufre injusticias a las que supone que las clases dirigentes son indiferentes. Al obrero le ocurre lo mismo, y quienes viven en los barrios llamados de emergencia contemplan que son los más jóvenes los que se acercan a acompañarlos. Recalcamos el término: no se trata de llegar, dejar una limosna y marcharse, sino que se procura comprender, compartir vivencias, identificarse con el hermano al que las circunstancias han colocado en situación incompatible con la dignidad humana. Y tanto los pobres como los ricos están hambrientos de cariño y amor. Les importa menos a aquéllos la dádiva que la palabra cordial. El hombre humilde es mucho menos calculador que el que maneja balances o cotizaciones de bolsa. Por ello, ve en el joven estudiante a alguien que por no haber sido todavía contaminado puede llegar a comprenderlo amorosamente. De los hombres maduros sabe, o cree, que no puede esperar nada.

Uno de los indicios que justifican cierto optimismo es el rechazo actual de los jóvenes

a sistemas políticamente bien estructurados. La totalidad de los partidos carecen de una juventud coherente, incluso el comunista, cuya capacidad de oportunismo no basta para cortar las amarras con un sistema pesado y hierático. De ahí que los jóvenes a los que por comodidad llamaremos de izquierda sean en su mayoría lo que en la jerga partidaria se llama "fraccionistas", o sea trotskistas, chinoístas, fidelistas o nacionalistas. No pueden comprender que al partido lo manejen hombres ancianos de mentes anquilosadas. Lo mismo ocurre con los obreros que no entienden cómo se puede ser dirigente gremial y poseer una de las mejores pinacotecas del país, o una colección de perros de raza que envidiaría el aristócrata más capitalista. Tampoco aceptan al hampa jugadora y delictiva encaramada en puestos claves. Por su lado, los católicos, que por haber sido educados en la obediencia pueden ser más conformistas, pero también más violentos por lo que sosteníamos al principio sobre la reacción desilusionada, siguen creyendo en Dios y en la Iglesia, pero la quieren más cercana, no sólo en palabras, a la causa de los explotados. Por ello resulta para algunos tentadora la figura del sacerdote Camilo Torres, ya que se



cremas y postres helados



FUNDADOR

se entregan acondicionados
para su perfecta conservación
durante varias horas.



FUNDADOR

SAN JOSE 1448-52 - T. E. 23-7192
- 23-0618 - 26-2311

y en Acassuso: **TOUCEDA • HIJOS**
GUEMES 501 - T. E. 792-3966

Matesanz Asociados

jugó por lo que creía, así como suenan a hueco actitudes que parecen más atentas a la publicidad que a auténticas vivencias.

Sentido de la rebeldía

Cualquiera sea el ángulo en el que se coloque el observador, y sea que simpatice o no con la posición de los jóvenes, no hay ninguna duda de que en su rebeldía hay un elemento de desesperación que trasciende a la simple iracundia. Los jóvenes no creen en nada, y ello es presupuesto fecundo para la desesperación. No se trata ya de desconfianza o escepticismo, sino de nihilismo. Con excepción de los revolucionarios religiosos, cuyas filas van engrosando últimamente con rapidez, lo que no constituye una mala noticia, la casi totalidad de los revoltosos no sabe bien lo que quiere, aunque no ignore lo que no quiere.

¿Cuál debe ser la respuesta de la comunidad a esta eclosión? A nuestro juicio, primordialmente, un examen de conciencia. ¿Qué ofrece la sociedad a una juventud que se siente marginada, que está ahogada por la falta de posibilidades que deriva de un sistema económico absurdo, que ha sido condenada a vegetar y sufrir? ¿Qué joven no adinerado puede pensar en formar una familia que habite en vivienda decorosa y reciba con tranquilidad a los hijos que Dios le mande? ¿De qué sirve una educación relativamente gratuita si después se amontonarán los profesionales ociosos? ¿Qué ingenuo puede suponer que el bachillerato es más importante, para obtener un empleo, que la dactilografía rápida? ¿Qué obrero joven puede abrir su taller propio? Los interrogantes podrían acumularse, implacables, mientras la multitud de chicas y muchachos sigue, sin rumbo, a la deriva. Pero si a ellos no se les puede pedir serenidad, a nosotros sí, entre otras cosas porque de lo contrario el caos puede ser total.

La verdad es que los jóvenes están ahí, golpeando las puertas con ímpetu, y que la cerradura puede ceder en cualquier momento. No hay más remedio, entonces, que sacrificar egoísmos. De nada vale tener un Ministerio de Bienestar Social, si lo único que se ve alrededor es malestar. Cualquier sacrificio que se haga por la juventud es, incluso desde un punto de vista pragmático, un excelente negocio, porque si no se hace, puede sobrevenir el derrumbe. Los remedios han de ser urgentes.

Problema de confianza

Por lo pronto, hay que aprehender el problema en su totalidad, y de ninguna manera contar con el tiempo que enfría ardores. Los jóvenes deben sentir auténticamente que se los

tiene en cuenta, que hay por ellos una preocupación, y si se quiere una angustia, tan real como eficaz. Ellos no admitirán jamás limosnas, sino que exigirán participar en un mundo que si con el tiempo dirigirán deben contribuir a formar activamente. Es menester, por ello, devolverles la confianza, lo que, si se consigue, contribuirá a una mayor paciencia de su parte. ¡Pero cuidado con las artimañas, porque una estafa más derivaría en la reacción incontrolable! El día en que vean con sus propios ojos que se hace algo por ellos, la desesperación comenzará a aquietarse. Por ello, el problema principal es de confianza. Hoy día los jóvenes no se sienten interpretados por nadie, y han alcanzado una madurez, hija muchas veces del sufrimiento, que les impide fáciles entusiasmos. Son desconfiados, y tienen toda la razón para serlo.

Todo esto implica una profunda renovación de estructuras, una revolución que debe encararse con valentía, porque la oposición será abrumadora, ya que estará compuesta de intereses creados y egoísmos. Es posible que todos tengamos que ceder y perder algo o mucho, de acuerdo con lo que poseamos, pero cualquier precio que deba pagarse por la integración aceptada de los jóvenes en la comunidad, será siempre barato. Toda revolución involucra el descontento de los que viven cómodamente, pero de lo que se trata es que nadie viva incómodo. No es moral la abundancia frente a la indigencia, y si justicia, en la definición del Derecho Romano, es dar a cada uno lo suyo, hay que cumplir con ello, ya que de lo contrario lo que a cada uno en Derecho Natural pertenece será tomado violentamente.

Quiénes gobiernan tienen el deber de evitar derramamientos de sangre que puede llegar a ser la propia, y para ello la política a seguir debe ser coherente y fraternal. Y, sobre todo, práctica, ya que las teorías de nada sirven si no se traducen en un dinamismo eficaz. El ejemplo del Comandante Ernesto Guevara, muerto por lo que creía, debe ser tenido muy en cuenta por quiénes no compartían sus ideas, porque no era un Quijote enloquecido, sino un hombre que vivió hasta el sacrificio total de sus ideales. Y es en él en quien creen los jóvenes más extremistas, y todos los esquemas que se hagan para demostrar que estaba equivocado, cosa no muy difícil de demostrar, se estrellará ante el valor de un testimonio vital. Y el hecho de que se crea en Guevara significa que no todo está perdido, porque a los ojos del mundo un asmático enterrado en algún lugar desconocido de una selva boliviana no es, precisamente, un triunfador. Tampoco lo fue un judío aparentemente charlatán que terminó crucificado por molestar al orden estable. El hecho de que los jóvenes crean en ambos es algo que abre fascinantes conjeturas, independientemente del acierto de la elección. ♦